

**La vida y el trabajo en Ciudad Real:  
conversaciones con las "coletas"**

Obtuvimos nuestras primeras impresiones de las mujeres de San Cristóbal de las Casas en el verano de 1968.<sup>1</sup> Como antropóloga, viajamos frecuentemente con mi esposo en autobús y a pie para visitar las aldeas de los indígenas chamulas; podemos recordar vívidamente la fija mirada de las mujeres mestizas de la ciudad —las "coletas"— de pie en sus inmensas entradas coloniales o espiando a través de pequeñas ventanas enrejadas, tratando de adivinar, suponemos, las intenciones de la gringa de falda larga. Nuestras primeras imágenes fueron de mujeres envueltas en chales negros, mujeres balanceando canastas y bultos, mujeres empujándose en las calles, para hablar con acento áspero a los vendedores indígenas. En la misma forma que las descripciones antropológicas y literarias que habíamos leído nos enseñaron cómo era la mujer de Chamula, así se nos pintó una imagen muy clara de la ladina acaparadora —una mujer pobre del mercado que aguarda en los caminos que van hacia el pueblo y arrebatata sus productos a los indígenas indefensos, pagando casi nada por ellos. Desde la perspectiva chamula, aprendimos que había *xinolanes* (señoras ladinas) y *batz'i anzetik* (mujeres indígenas verdaderas), cuyos comportamientos normales son representados gráficamente en las fiestas de Chamula. Las "xinolanes" (representadas por hombres de Chamula disfrazados de mujer) bailaban danzas escandalosas, sexualmente explícitas, en las cuales se mofaban abiertamente de todas las reglas sociales, mientras que las mujeres chamulas se cubrían apropiadamente la cara con sus chales.

La experiencia dentro de los hogares y aldeas de Chamula nos enseñó rápidamente que estas categorías tenían estrictamente poca validez. Aunque en algunas ocasiones las mujeres de Chamula se cubrían la faz, es más frecuente verlas desyerbando el maíz, tejiendo su ropa, haciendo largos viajes para cortar leña y luego venderla en pueblos cercanos; intercambiando chistes mientras hilan, o apresurándose para ayudar a una vecina que está de parto. En

---

Diane Rus, con una maestría en educación de la Harvard University, es profesora de escuela primaria, además de investigadora y colaboradora de publicaciones sobre los mayas en el Instituto de Asesoría Antropológica de la Región Maya, Asociación Civil (INAREMAC), en San Cristóbal de Las Casas. También se encuentra dedicada a la preparación de un libro que tratará sobre el tema que aquí se explora: la vida de las mujeres trabajadoras en San Cristóbal de Las Casas.

<sup>1</sup> Ciudad Real es el nombre antiguo de San Cristóbal de Las Casas [nota del editor].

la misma forma, se empezó a evaporar el estereotipo que teníamos de “la coleta”, a medida que empezamos a conocer a algunas mujeres que habían tomado decisiones de vida comprensibles en términos de su posición dentro de una familia, una sociedad y una época en particular.

San Cristóbal es, en realidad, una ciudad dominada por la presencia femenina. Históricamente, sus principales exportaciones se producían en la campiña circundante. Por un lado, sus ranchos proveían azúcar, ganado vacuno, café, trigo, maíz, frijol —productos que requerían de la mano masculina para sacarlos adelante, o para vigilar a los indígenas que aportaban mano de obra en la producción. Igualmente, la exportación de trabajadores indígenas para las plantaciones de las tierras bajas requería la presencia de un administrador masculino en el campo.<sup>2</sup>

Algunos hombres que no se ocupaban en el campo, por lo regular se volvían artesanos de productos rústicos para el consumo local, pero muchos de ellos abandonaron las tierras altas por completo por falta de trabajo. Hablando relativamente, la economía de San Cristóbal era marginal a la del estado y la nación —la capital fue trasladada a Tuxtla (ciudad en las tierras bajas) en 1892, y la ciudad permaneció aislada por altas montañas hasta 1948, cuando la carretera panamericana finalmente la enlazó al resto de México. Las mujeres permanecieron tradicionalmente en el pueblo, supervisando el trabajo diario de los hogares. Cuando las crisis políticas y económicas ocasionaron convulsiones en el estado, fueron las mujeres más que los hombres quienes permanecieron y se sustentaron a sí mismas y a sus hijos.

Mientras más entendíamos y admirábamos a las mujeres trabajadoras con quienes tuvimos contacto en San Cristóbal, más nos convencíamos de que sus historias debían ser contadas. Hace cinco años, decidimos grabar las conversaciones que sosteníamos sobre su trabajo. Nuestra idea era preservar la información sobre todo lo que ellas hacían a diario y sobre la forma en que contemplaban sus oportunidades a finales de la década de 1980. Se nos ocurrió que muchas mujeres de este pueblo tenían ocupaciones que estaban cambiando rápidamente según los cambios en los patrones económicos de la región. A pesar de que la muestra es pequeña y que aún existen muchas opciones que no hemos estudiado todavía, las conversaciones sí representan, en efecto, un testimonio acerca de cómo sobreviven económicamente las mujeres de la localidad.

Además de eso, las conversaciones realmente reflejan la manera en que la gente de San Cristóbal se relaciona una con otra, y la forma en que dicha ciudad ha cambiado a través de la vida de estas mujeres. El propio lenguaje que cada una usa, con su sintaxis, vocabulario y estilo particulares, demuestra

---

<sup>2</sup> Según los datos del censo de 1778, por ejemplo, se encuentran 365 hijas y sólo 163 hijos registrados, lo que sugiere que los varones están fuera en el campo, en ranchos o ausentes. Existe también una proporción de 8 viudas para cada viudo. Véase Andrés Aubry, *San Cristóbal de Las Casas: su historia urbana, demográfica y monumental 1528-1990* (San Cristóbal de Las Casas: INAREMAC, 1991), pág. 113. De la misma fuente, en el censo de 1870 de la ciudad, la proporción es de 60 mujeres y 40 hombres por cada cien personas.

patrones de pensamiento, clase social, variaciones regionales y, en alguna medida, niveles de contacto con grupos cultural y lingüísticamente diferentes.

Varios temas comunes importantes surgen de estos discursos idiosincráticos. Uno es que todas las mujeres están conscientes de su papel como aprendices y maestras de la cultura y sus valores. El conocimiento de su oficio o negocio fue, generalmente, aprendido directamente de sus padres o mayores y, a menudo, fue explícitamente transferido a sus propios hijos. En las conversaciones, las mujeres mencionan regularmente el orgullo y/o gozo que sienten por hacer bien su trabajo, y la necesidad tanto espiritual como económica que tienen de trabajar. Muchas se refieren a su impulso de realizarse como personas mediante la actividad productiva.

Al mismo tiempo, muchas mujeres reconocieron que es la necesidad económica la fuerza que las impulsa a ganar dinero durante toda su vida. Un tema común es que sus padres no pudieron o no podían proveerles ni siquiera lo mínimo para su subsistencia; otro es que sus esposos están ausentes o desempleados. De tal manera que ciertas relaciones que se ha asumido que contribuyeron a la dependencia femenina en la cultura mestiza, en el caso de estas mujeres realmente las forzaron a ser independientes. Por otro lado, muchas mujeres también hablan de tener relaciones y matrimonios duraderos, cooperativos y estables, y expresaron su aprecio por esposos y parientes que estimularon su independencia o su igualdad de condición.

Una temática muy importante es la recurrencia femenina a otros grupos de mujeres, principalmente a las comadres o a sus familiares del sexo femenino, en busca de ayuda económica y moral. Ellas se refieren también constantemente al consuelo y sabiduría que obtienen de sus santos e iglesias, en la vida diaria.

En las conversaciones, las mujeres muestran una profunda conciencia de su condición social, en relación con la gente de otros grupos sociales y culturales. Primeramente, hablan a menudo de la interdependencia económica y social que existe entre ellas mismas, residentes en el pueblo, e indígenas de aldeas y comunidades periféricas. Hablan de hacer negocios diariamente entre ellas, de trabajar juntas en programas, viajar juntas en las comunidades de cada una y aun de vivir juntas, ocasionalmente. Aunque las mujeres ladinas no podían hablar las lenguas indígenas, en muchos casos valoraron su cultura, y se compadecieron de sus duras condiciones. En la misma forma, las mujeres están conscientes de su condición dentro de la sociedad de San Cristóbal. Estas lecciones de estatus, de familia, de barrio, de cultura, inculcadas a veces a través de cientos de años de enseñanza, fueron y aún son de vital importancia en las mentes de las mujeres de San Cristóbal.

Aunque no nos es posible presentar el volumen completo de testimonios en este artículo, esperamos demostrar con unos pocos ejemplos lo valioso que esta historia viviente puede ser para el lector. Creemos firmemente que debe conservarse la integridad de estas conversaciones, hasta donde sea posible, como piezas completas; por lo tanto, hemos optado no por extraer fragmentos de un gran número de narrativas sino, como decíamos, incluir unas pocas

muestras ilustrativas. El punto de este artículo, como lo podría ser el de un libro más grande, no es lo que personalmente hemos concluido, sino lo que estas mujeres nos pueden decir directamente acerca de su vida. Las mujeres siempre han hablado con sus propias voces, pero hasta hace poco, sus palabras han estado confinadas tras ventanas enrejadas. Cuatrocientos setenta años después de la llegada de los primeros españoles a la región, ha llegado el momento de hacer público su punto de vista, conscientes también de que esta realidad también va a dejar de existir a medida que los cambios continúen modificando las tierras de los Altos de Chiapas.<sup>3</sup> He aquí, pues, las conversaciones motivo del presente artículo.

*Conversación con Feliciano Bautista de Martínez, vendedora de puerco, mercado de San Cristóbal, 17 de abril de 1988.* Cuando necesitábamos puerco, generalmente nos deteníamos en el puesto de doña Feliciano, a la entrada del mercado central. Cuando le preguntamos si nos permitiría entrevistarla, inmediatamente nos invitó a su casa en el barrio Cuxtitali. Para llegar allí, dejamos atrás las calles pavimentadas y caminamos colina arriba casi una milla. Desde su sencilla casa con patio de concreto se divisaba parte de la ciudad y de la iglesia de Guadalupe. Tradicionalmente, los cuxtitaleros eran vendedores ambulantes que viajaban por los pueblos indígenas circundantes intercambiando mercancías de su pueblo por cerdos, los que sacrificaban y vendían en la ciudad. Muchos de los escabrosos terrenos montañosos sobre los cuales viajaban, estaban plagados de bandidos; la mayoría de sus transacciones se tenían que llevar a cabo en tzotzil y tzeltal, idiomas mayas regionales. La mayor parte de los coletos<sup>4</sup> no se aventuraban a adentrarse en Cuxtitali; en lugar de ello compraban puerco en el mercado central o en pequeñas carnicerías. Cuxtitali, antes un pueblo separado, ha sido ahora absorbido completamente por la ciudad.

Yo me llamo Feliciano Bautista de Martínez y mi hermana se llama  
Enriqueta Bautista de Guzmán. Tenemos un expendio de puercos en el

---

<sup>3</sup> En 1989, una nueva asociación civil fue formada en San Cristóbal, "El Grupo de Mujeres de San Cristóbal", promovido por el Centro de Apoyo de Mujeres en Chiapas. Este grupo atiende protestas y prepara talleres de trabajo sobre el abuso, la violación, el incumplimiento de las obligaciones de los padres hacia los hijos, servicios locales de salud, etcétera. Está constituido por una abogada, una doctora, una socióloga-antropóloga y una pediatra. Asimismo, se formó recientemente la "Colectiva Feminista Comal Citlalmina", que realiza principalmente talleres para trabajadoras domésticas sobre temas de salud, sexualidad y cuidado de los niños. El Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad de Chiapas tiene un taller de investigación feminista —el Taller de Investigación Sobre la Situación de la Mujer, Anzetik— que publicó una revista sobre temas femeninos. Finalmente, en 1990, ha habido un fuerte movimiento reclamando los derechos de aborto y control de la natalidad para las mujeres, encabezado por un grupo local llamado "Frente Chiapaneco por la Maternidad Voluntaria". Este grupo ha trabajado arduamente para legalizar el aborto y para proveer servicio público de salud para esa y otras opciones reproductivas. Ellas han trabajado con otro grupo nacional de mujeres llamado "Red Nacional Contra la Violencia".

<sup>4</sup> Gentilicio de San Cristóbal [nota del editor].



Figura 1. Feliciano Bautista de Martínez y Enriqueta Bautista de Guzmán, vendedoras de puerco en el Mercado Municipal.

mercado de San Cristóbal. Toda la vida mi mamá trabajaba en la matanza de puercos. La costumbre viene desde los papáis de mi mamá. Su mamá de mi mamá vivía en el cerrito Las Delicias. Y como se casó después mi mamá, entonces ella se vino por acá y empezó a hacer el oficio. Entonces, venían los porqueros y le daban puercos. En este tiempo, hasta fiado daban los puercos. Así nos platicaba mi mamá.

Se van a buscar los puercos aquí por las selvas, por los ranchitos. Vienen de lejos, así vivos. Los traen algunos otros hombres que les gusta ir a comerciar –habrá unos ocho hombres de aquí del barrio de Cuxtitali, y otros que son de Oxchuc o aquí de Comitán que los buscan y los vuelven a traer a San Cristóbal. Pero ahorita no hay colonias como antes, unos campos donde andaban los puercos. Así es que ahorita cada casa tiene uno o dos animales encerrados. Y los hombres que hacen el negocio tienen que dilatar para pasear, para juntar los puercos, porque están muy retiradas las

colonias donde los van a traer. Su marido de mi hermana era comerciante y se iba hasta la selva, ¡pero caminando! Llevaba muchos días para llegar allá; como unos ocho días. Y tenían que llevar perros porque si se huyeron los puercos, con los perros los agarraban. El perro los agarraba de la oreja, y el dueño de las patas, y ya con eso los agarraban. O si no, de la cola y allí se lo traen ya. Pero ahora ya no —ya es puro carro. Nada más los juntan en el pueblecito y ya vienen a traer el carro; es más rápido. Pero antes costaba.

También, cuando éramos más jovencitas [ya tiene unos veinte años] nosotras arriábamos los puercos. Ibamos adelante de Oxchuc. Eran dos días de camino. Y así es que solamente éramos tres mujeres con mi mamá y un mi sobrino que venía a veces con nosotras. Pero casi puras mujeres. Nos arriesgaba mi mamá, alma bendita, y no teníamos miedo del camino.

Nos gustaba el trabajo por no tener otro oficio. Mi mamá tenía familia por Huixtán; allí vivían sus hermanas. Entonces allí traíamos encargos de lo que querían; entregábamos los encargos y nos daban huevos o pollos para volverlos a traer. No teníamos miedo. Pero recuerdo una vez que tuvimos un problema. Es que había en Huixtán un maestro muy mañoso. Pues, nosotras jovencitas no pensamos nada. Entonces, fue que llegamos allí en el paraje y cuando el maestro llegó estaba tomado. Después, sentimos miedo y nos fuimos a esconder en una casa porque ya teníamos amistad con la gente de allí. Nos fuimos a esconder. Y la señora donde fuimos le dijo a su hijo que se fuera a acompañarnos. “Pues, está bién, si nos hace el favor”, dijimos. Entonces, se fue ... y pasó. Cuando mi papá lo supo, lo quería matar al maestro. Nosotras no lo supimos luego, pero ya después nos lo dijeron. Mi papá dijo que iba a sacar blanco con estos maestros, pero gracias a Dios que le alumbró, dijo: “pero ahorita no quiero”. Entonces, hubo días que llevaba arma mi papá, chiquita la arma, pero no la mostraba. Nosotras mujeres andábamos con sólo un machete, y con perros que avisaban por si había una cosa. Así es que siempre sufrimos.

Es que vendíamos cosas allá. En ese tiempo llevábamos ollas de tierra, comales, pan, tomate —muchas cosas comestibles. En ese tiempo, eran tres mil pesos lo que llevábamos para emplear y ya con eso compramos pollos, y si había puercos, los comprábamos también. O huevos, porque en ese tiempo, eran más baratos los huevos. Los pollos los traían las bestias; siempre llevábamos unas dos o tres bestias —un burro y dos caballos. Así era como lo hacíamos. Y teníamos que llevar tostadas, tortillas, frijoles refritos para comer hasta llegar a los otros parajes donde nos daban de comer.

Fuimos muchas veces trayendo los puercos. Recuerdo las temporadas de mucha agua. Pasamos un río muy grande que llamamos Huajám en el lugar de San Andrés de aquí de Huixtán. Varias veces el agua llevó los puercos. Y como los puercos son muy vivos, se metían en un rincón y tuvieron que dar vuelta muy lejos para pasar en otro lugar donde podíamos cruzar y arriarlos de regresada. Y otras veces los pusimos al nado para arriarlos. Allí dilatamos mucho por los puercos. Y después, teníamos que descargar las bestias para quitar los puercos. Nosotras, yo y una mi hermana, las descargamos mientras mi papá estaba con los cochis. A veces mi papá venía con nosotras y a veces nosotras solitas. Como está la vida, a veces mi papá se iba por un lado, y nosotras por otro y teníamos que

pagarle a un mi sobrino para que viniera con nosotras. Para haber un respeto, pues. Como en el camino no anda gente, y teníamos que dormir en el monte, entonces, allí venía él —de respeto.

También, cuando venía el agua lo pasábamos allí debajo de unos árboles. Con carpa cargábamos los canastos de cosas. Era muy duro en esas veces. A veces teníamos que esperar todo un día para que se bajara el agua del río. Aquí por La Era, antes de llegar a Huixtán, habían pantanos de lodo donde se metían los caballos. Mi papá no pensaba si éramos hombres o mujeres. Nos decía: "Andale a descargar la bestia", y allí nos metíamos como podíamos a descargarlos y sacarlos del lodo. Era muy feo ese lugarcito, y así lo pasábamos.

Entonces, mi mamá trabajaba su oficio, y nosotros que éramos chamacos también lo trabajábamos. En ese tiempo de mi mamá, eran contadas las matanceras de puerco aquí en el barrio de Cuxtitali. En la parte de abajo de San Cristóbal, no lo hacían. Cuando mi mamá, nada más aquí en este barrio; pero como iban subiendo las gentes acá a pasear, ya se daban cuenta y así fue que fueron aprendiendo allí abajo. La costumbre viene desde los papáis de mi mamá.

En ese entonces era un gran chiquero para poner los puercos. Se mataba, por ejemplo, en la mañana para venderlo al otro día. Y ahora se mata el mismo día para venderlo luego.

Cuando mataba mi mamá en ese tiempo, se quemaba con leña. Antes, lo hacía sobre un pozo —y en ese pozo se ponía piedritas para parar el puerco, y adentro del pozo la leña para que alzara la llama. Y era más trabajoso porque del sudor a la misma vez salíamos ahumados nosotros. Era más duro en ese tiempo, y por eso somos muy enfermos ya.

Y ya después de quemarlo con leña se raspaba con un pedazo de lata de sardina. Se le abría hoyitos a la lata y eso se llamaba rayador. Y con esos rayadores se volvía a raspar el puerco para dejarlo sin pelo. Después, se lo lavaba bien. Y de allí, ya se abría el puerco; tenía que destazarlo, colgarlo, separar a las costillas y los lomos aparte, y las lonjas en otra parte, porque así se ponía. No se lo vendía hasta el otro día porque era cosa de estar en el mercado ya a las seis de la mañana. En cambio ahora no, ahora no tenemos que llegar hasta las ocho o las nueve.

Y en ese tiempo eran muchas las heladas —mucho hielo que caía. Nosotras que fuéramos chamacas llevamos nuestras brazas de carbón para calentarnos —que nos entiesaban las manos. Y para deshuesar el puerco también se hacía así, porque ya tenía hielo. Llevábamos fuego en un peltre, o una cubeta vieja. Lo metíamos adentro de los carros que subían para llevar los puercos. Ibamos todos los días, y el domingo también. Ahora, hay veces cuando no vamos el domingo. Nos quedamos en la casa siquiera un día a hacer el aseo, porque toda la semana estamos en el mercado.

Cuando no termina el puerco, lo hacemos en longaniza, y en chorizos para venderlo al otro día. También vendemos manteca y chicharrones. Es variable la cantidad de carne que vendemos cada día —a veces unos cinco kilos o seis, pero no termina. Rara es la vez que termina. Nada más cuando hay fiestas, cuando vienen los de afuera, es que se vende un poquito más. Con la gente de aquí no muy se vende porque nada más pide así un cuarto, o un medio cuarto y no termina. En un día bueno vendemos un puerco que pesa hasta unos ocho o seis kilos, pero generalmente no termina.

La longaniza se rebana así en trocitos chiquitos y se le pone sal y ajo y se refriega bien fuerte con las dos manos para que agarre sal. Y se deja un momento para que entre su color. Y ya después de esto, se raspa uno la tripa para llenarlo. Ahorita ya se llena con embudo y de allí anteriormente cuando empezamos no —nada más con el dedo. Y el chorizo no más se da a moler la carne y aquí se hace moler las especias. Se le pone poquito de achiote, chile ancho, pimienta, tomillo, orégano, y clavo —según la cantidad un clavito o dos, ajo y laurel arrayán, y ya se bate con el vinagre. Es vinagre de casa porque el vinagre que viene en botella es muy fuerte. En cambio, el vinagre de casa sale más rico. Aquí en un bote de cristal se pone agua y panela. Ya que está amarillo y se siente que está como agrio, es que ya está el vinagre. Se bate el recado con el vinagre entonces. Se revuelve la carne, pero poquito, porque si le pone mucho vinagre se vuelve atole. Entonces, poquito vinagre y tanteando pues la forma que quede con su sabor. Después, para llenarlo, al molino otra vez. Se llena así crudo. Entonces, va tanteando las bolitas y se va amarrando para colgar. Entonces se cuelga y allá se le pone lumbre para que se seque. Nosotros lo acostumbamos secar con leña porque le da otro sabor el humo. Y el carbón, no. Es distinto el sabor. Hasta la longaniza ahumada sale como jamón. Entonces, se queda en la noche y ya para el otro día se baja. Cerca, pues, ponemos nuestra frijol, nixtamal, y se seca solito, sin mucho trabajo.

Ahora, al matar el puerco, lo pongo a solear. Si la lonja es muy doble se asolea dos días para que esponja el chicharrón. Pero se raya la lonja —el cuero del cochi— eso se raya. Se la pone en la mesa y se la empieza a rayar. Salen en cuadritos. Entonces, se tiende así en el sol con una tabla, así en rajadas, y ya al otro día se sazona la carne y se le quita la manteca en el perol. Se le quita un poco de la manteca en la noche para que se seque el chicharrón. Y ya nada más un poquito se le deja para que se dore la lonja. Entonces, ya sale esponjada y se le pone tantito sal.

Las mujeres, sí, hacíamos trabajo duro. ¡En ese entonces la muchacha que mataba los puercos era maciza! Se mataba cuatro o seis al día. Y yo, mi trabajo era de lavar las tripas, porque en esos tiempos se pagaba para lavar las tripas. Entonces, ya que estábamos de buen tamaño mi trabajo era de lavar las tripas, tortillar, hacer la comida y en la noche hacer las morcillas. Porque en ese tiempo así lo decíamos —las morcillas. Ya quedaban colgadas para que se vendiera al otro día.

Y con mi esposo, sufríamos mucho, porque él trabajaba aquí en Los Portales. En ese tiempo era barato como trabajaba. Tenía el trabajo de irse temprano en la mañana a dejar la carga en su bicicleta. Después, venía a desayunar, y ya me iba yo. Y salía a trabajar. Ya después, saliendo de su trabajo, me pasó a traer del mercado, y traía la carne. Y así es como lo hacíamos.

Pues, mi marido me ha evitado el trabajo. Pero le digo pues, “¿Cómo lo vamos a hacer? No se puede”, le digo. En primero, tengo el bendito lugar allí en el mercado, y segundo, sabiendo uno hacer el trabajo, y teniendo ya muchos clientes ya no pienso dejarlo. Entonces, ya de dejarlo, ya no lo veo. Es bastante ayuda o sea por algo. Y él no tiene su trabajo continuamente. Allá lejos, nos hacemos viejecitos pues, no es gran cosa, y siempre le digo si viene una enfermedad es más duro. De allí la comida ya es muy grande. Allí se va pasando, pero la enfermedad, no sabemos



qué día dispone de nosotros. Y está bueno que supiéramos que vamos a morir luego, pues, allí que lo veo, pero así —no sabemos qué cama nos va a dar. Entonces, le digo que no. Y también como ya está él muy enfermo, no quiero yo que trabaje. Entonces, de dejar mi trabajo, ya no puedo. Y hay muchos que quieren mi puesto, pero les digo que no. Y por eso, los días domingo, a veces no bajo, para quedarme en la casa. Y ahorita, hasta él me ayuda allí en el trabajo del mercado porque ya lo vio que a veces no puedo y él me tiene que ayudar allí, a picar los huesos, la costilla, porque es lo más duro —la picada de hueso. Es muy costoso. Y aquí la muchacha se queda a cuidar los animales. No puede quedar sola la casa por los animales.

Y es muy bonito tener los animales. Es que uno tiene la idea que va a ganar un dinero, pero no se puede. Ya lo que estos animalitos piden es la comida. Pero tener animales es mejor que tener dinero en el banco porque en el banco el día que lo quiere uno, no lo hay. En cambio aquí, el día que uno tiene necesidad, ya se los vende. Ahora, un puerco de ocho kilos son sesenta mil o ochenta mil pesos. Con tres o cuatro cochis, ya es un millón.

Pues, cuando era chamaca, lo que me gustaba era coser. Pero en ese tiempo no podía hacer todo mi mamá. Entonces yo tenía que hacer la comida de las dos ellas de mis hermanitas. Con la de mi mamá eran tres. Y luego a tortillar como medio litro o tres cuartillas de maíz. Como ella era grande, le entraban doce o hasta quince tortillas. ¡Pero eran grandes las tortillas! Y en plástico, porque no teníamos la prensa. Y luego ya tenía que irme a lavar. En ese tiempo, tenía uno que llegar hasta en el río. Y como me gustaba mi atole de granillo, me levantaba a las cuatro o cinco de la mañana a hacerlo. Y yo me iba al río para lavar, y no venía a mi casa hasta las cuatro de la tarde a hacer las morcillas otra vez. Todo lo hacía yo.

Ya más grandecitas mis hermanas, ganaba yo de lavar. En ese entonces, eran cincuenta centavos la docena de ropa —bien barato. A veces me pagaban, pero a veces no me pagaban. Y en ese entonces, los pantalones eran de puro lodo. Venían los hombres del camino con el lodo hasta el cinturón. El trabajo era de enjabonar la ropa y ponerla al sereno —en las ramas. Así era den antes. Y la ropa quedaba bien blanca con pan de jabón o jabón negro o jabón de bola que se usaba en ese tiempo. Y luego a la fuerza tuvimos que planchar. Y antes, hasta se remendaba la ropa, pero ahora no. Antes, matábamos, subíamos al mercado, íbamos al monte —a las tres de la tarde íbamos al monte a traer leña. Antes, comprábamos nuestra agua, y era de a un peso la carga de agua —las cuatro latas. Pero ya veíamos que era mucho el gasto. Entonces, compramos el burrito y nosotras íbamos a traerlo. Íbamos allí en el Peje de Oro. Pero había mucha delicadez en ese tiempo. El agua del río era para matar, y el agua del Peje de Oro era para tomar. Nos metíamos dentro del río con todo y burrito a llenar las latas; era de hacer dos o tres viajes para matar, pues.

¡Pero todo nos enseñaban nuestro papáis! Ya no se extraña hacer cualquier quehacer. Pero el que no está acostumbrado lo extraña. Ya todo sabemos —echarle carga a una bestia, ponerle silla— todo eso me mandaba mi papá. Y a veces le decía: “Pero si no soy hombre”, pero así nos enseñó todo.

*Conversación con Carmen Solís Rosales, vendedora de tamales, 5 de febrero de 1987.* Conocimos a “doña Carmen” en una fiesta de cumpleaños. Ella había llevado los tamales hechos de pollo en salsa de mole, rellenos con almendras y ciruelas, y envueltos en hojas de plátano que por lo general acompañan tales celebraciones matutinas en San Cristóbal. En los años siguientes compramos muchos tamales en su puesto del mercado. Para esta entrevista, nos reunimos en su cocina en el barrio de Mexicanos. Mexicanos toma su nombre de los guerreros nahuatl-hablantes que acompañaban a los españoles cuando conquistaron el altiplano de Chiapas. Después de la conquista, estos guerreros se asentaron en varias parcelas que estaban separadas del centro de San Cristóbal por agua, y ubicadas estratégicamente entre esa ciudad y los pueblos mayas hostiles de los alrededores. Este barrio, ahora completamente absorbido por la expansión de la ciudad, es conocido por sus artesanos que se especializan en la elaboración de velas y tejidos.<sup>5</sup>

Mi nombre es Carmen Solís Rosales, nativa de San Cristóbal. La calle donde vivo es Honduras en el barrio de Mexicanos. Pues, mi historia no es larga; nada más es muy triste, sí, porque tiene el sufrimiento, y tiene el trabajo. Con mi madre yo estoy trabajando desde muy pequeña. Tendría yo acaso unos ocho años cuando yo ya sabía vender estos tamales. Fue mi madre quien nos enseñó a nosotros, y antes, pues, mi abuelita quien le enseñó a mi mamá. Fuimos ocho hijos; cuatro se murieron, cuatro vivimos. Somos tres mujeres y un varón. Esta es nuestra historia del trabajo —del puro trabajo, y no hay otra cosa más que el trabajo. Para nosotros no hay paseo. Para nosotros no hay nada más que solamente esto: trabajar.

Nos tocamos vender los tamales desde cuando eran de a tres por un peso. Era en el día cuando el mercado estaba en el barrio de La Merced. Después, ya eran de a un tostón, o a cuarenta. Así fue hasta que ahora están a dos mil cada uno.

Pues, de niña principalmente me iba a vender y llevaba el maíz al molino. Y pongamos que no terminara de vender todos los tamales mi mamá, a las cinco de la tarde ya los calentaba y iba yo a venderlos hasta el barrio de San Antonio donde están todos los pirotécnicos. Iba yo a venderlos para que yo ya regresaba a las siete, ya regresaba contenta, porque ya traía dinero a mi mamá. Por eso le digo que desde chiquitita yo andaba ayudando a mi mamá para que no quedara mal. ¡Ay, cuando lo trabajábamos con mi mamá no dormíamos! El sábado, como era mucho lo que se trabajaba entonces, si al rato me estaba dormida era a las seis de la mañana. Ya nos amanecía trabajando con ella, nos amanecía trabajando. Y ya a las cinco o las seis de la mañana, que estaba entre claro y oscuro, a estas horas ella se iba a vender. Como era muy barato, pues, ¿no? Y fue la historia del trabajo. Y sigue y sigue y sigue hasta... a ver hasta dónde.

Ahora en que se trabaja más poco, se gasta más. Porque ahora no trabaja la misma cantidad que se trabajaba antes, porque ya se dio cuenta de que antes se trabajaba mucho y se ganaba menos, pero se gastaba más poco en todas las necesidades. Porque ahorita todo está bien caro.

Pero el trabajo sigue siendo igual. No más que anteriormente le vuelvo a repetir, que era más duro porque trabajaba en pura olla de barro

<sup>5</sup> Véase Aubry, *San Cristóbal de Las Casas*.



Figura 2. Carmen Solís Rosales e hija, vendedoras de tamales.

y había caso que nos reventaba, tarde de la noche, y teníamos que cambiar los trastes, y esto era muy duro. Ahora no, porque ahora ponemos los tamales en bandejas galvanizadas y esto es muy diferente.

En cuanto a la cocina, es lo mismo —con leña y carbón. Fíjese que el gas, pues, tiene mucho peligro, y lo veo difícil que lo cuece porque se necesita llama para cocer. Necesita subir el fuego. Y del gas, siempre nada más es un soplete. Para cocer los tamales de bola, no se cuece con carbón porque quiere pura leña. Para cocer el atole y lo demás, sí, es carbón. Esto sí, se necesita carbón.

Así es el trabajo que hacemos ahora. El trabajo de la mañana es desde que Dios nos amanece, pues ya nos levantamos. Nos recomendamos a Dios, salimos para afuera y hacemos tres fuegos. Fuego de una tina, fuego de la otra, fuego del galón para hacer atole. Bueno, que ya se coció, a llenar los canastos y a esperar que venga el carretero para que nos lleve al mercado. Bueno, debe imaginarse en el mercado porque allí lo vamos a vender. Regresamos a la hora que Dios quiera, porque el negocio es variable —a veces bueno, a veces malo. No se sabe. A veces venimos a las diez de la mañana y estamos aquí porque está muy bueno el negocio, así

como el domingo pasado estuvo muy bueno el negocio. Y a veces está mal porque ya venimos a la una y media, a veces hasta las dos de la tarde. Ya después, damos de comer. Ya hizo la comida mi hija, ya damos de comer y empezar a trabajar para que a las cuatro de la tarde, o las cinco, ya se va a la escuela mi hija y solita me vuelvo a trabajar. Y sigo trabajando hasta las once o las doce de la noche.

Terminando de comer a las seis, hacemos la masa. Para hacer la masa, necesitamos agua, sal y manteca. El maíz ya está molido —pago para que una de mis hijas me lo lleve al molino temprano. Entonces, hacemos la masa y hacemos el recado. A veces, una de mis hijas se encarga de hacer el recado del tamal de bola y la otra se encarga de hacerlo del untado. Nada más las dos de ellas me ayudan. De carne, compramos de cinco o seis kilos de puerco, según cómo está el negocio, según si terminó. El único día que trabajamos doce kilos es el sábado. El sábado, lo que hacemos de tamales son más de doscientos de bola y cien de mole. ¡Ay! Hay momentos que uno ya no quiere manear porque es duro. También, se disvena el chile ancho, se despepita y se desvena para que no pique porque si no pica mucho. La niña que trabaja conmigo se encarga de hacer esto. Y la hoja, para hacer la hoja de mole, o sea hoja de plátano, se dora, se alza en fuego —en carbón, puro carbón. Después se limpia y ya se arregla; se corta para hacer los tamales. Ahora en lo de bola, entonces se remoja la hoja de maíz en agua caliente, pero agua bien calentita para despegarlo. Después, hay que ponerse a trabajar a hacer los tamales —para terminar ya tarde hasta la media noche.

Aunque estemos cansadas o que no lo queremos hacer, lo tenemos que hacer, porque un día que no trabajemos nosotras lo sentimos; nos hacen falta los centavos. ¿Ya vio usted ahorita cómo está caro toditito? Pues, ya no hay dinero que aguante.

Sí, me hubiera gustado trabajar en otra cosa, pero ya se dio cuenta de que mi mamá me enseñó, y no la iba a dejar, porque yo no me separé ni un día de ella. No me separé de ella hasta que la muerte nos separó. Nada más. Desde que nací, me quedé con ella. Así es que yo le ayudaba a trabajar, lo trabajábamos o comíamos juntas. Si había ganancia, lo disfrutábamos juntas, y si había pérdida por lo consiguiente, pues, era nuestra. Ni ella se separó de mí, ni yo me separé de ella hasta que va por un año en julio que nos separamos. ¿Ya vio que no se puede vencer la muerte? La muerte es lo único que nos pudo separar. Ella siguió adelante conmigo y nunca nos separamos. Yo me casé, mi esposo se quedó con nosotras. Se quedó a vivir con mi mamá, porque le dijo, pues, “Sí, va a casar mi hija contigo, pero no se vayan a separar de migo, porque no tengo con quién quedarme, porque los demás ya son apartes. Y ella, no quiero que se separe porque es la más chica para quedar conmigo.” Pues, así nos quedamos a vivir.

Recuerdo, pues, cuando yo era chamaca, mi madre iba a vender. Yo me quedaba haciendo todo el quehacer. Yo componía la hoja, hacía la masa, hacía el recado, en fin hacía todo, y mi madre se iba a vender. Ella se iba tempranito a vender y yo me quedaba en la casa a hacer la comida, hacer el trabajo pues. Ya después, que ya se enfermó ella, que ya por los fríos, porque sí había momentos muy fríos y se iba al mercado y le dio bronquios. Entonces el doctor le negó terminantemente la frialdad del cemento. Entonces, yo ya tendría unos doce años cuando me hice cargo



Figura 3. Carmen Solís Rosales en la cocina, haciendo tamales.

de ir a vender. Así no más. Entonces, ella ya se quedaba en la casa —y cuando tenía mis niñas, ella se quedaba con ellas y yo me iba. Como no fueron mañosas, fueron unas niñas muy humildes, demasiado humildes —no como las niñas que ahora están muy rebeldes. No, ellas fueron bastante humildes. Para que se levantaran, tenía que despertarlas, porque si no, no se levantaban. Esta suerte me tocó.

Entonces, principalmente me queda la satisfacción que gano mi comida con el sudor de mi frente, porque sería muy triste no tener ni qué comer. Porque siquiera me dejó mi madre la herencia principal —el oficio. Lloraría la que no tendría oficio para poder comer. Así no, gracias a Dios y mi madre que me dejó cómo puedo trabajar. Siquiera vivo feliz porque tengo como puedo salir adelante —bueno, puedo comer siquiera, porque ya no para tener algo, pero siquiera para comer.

Yo quiero que mis hijas sigan progresando con sus estudios para que ellas no se maten tanto en este trabajo de hacer tamales. Entonces puedan vivir mejor. Porque, ¿ya vio que esto está muy duro? Entonces, que ellas sigan estudiando pues, a más que ella, la hija grande, ya tuviera su carrera.

Pero como que ella ya hizo cargo con la enfermedad de mi madre, pues, que mi madre tenía unas enfermedades malas; entonces mi hija salió de estudiar. Ella ya se había recibido de contadora, pero salió de estudiar por la cuestión que tenía que cuidar a ella. Porque si no la cuidaba pues, entonces, ¿de dónde salía la paga para curarla y para medicinas? Este año, primeramente Dios quiera, ella va a terminar su secundaria ya para que vaya a estudiar en otra parte. Si Dios nos lo concede, porque ¿ya vio que principalmente el Ser Supremo es El que manda? ¡Que ellas, sigan adelante, hasta donde quieran, con lo poco que se pueda; que ya se van defendiendo!

El trabajo de la mujer siempre es lo más duro, porque siempre a ella le toca la mayor parte en todos los trabajos. Si trabaja en la oficina, si ya es de ama de casa, tiene que trabajar antes de ir a su trabajo, tiene que trabajar allá, y tiene que regresar a trabajar en la casa. Siempre a la mujer en todo le toca la mayor parte del trabajo. Y antes, para salir del hogar, era muy diferente para la mujer. Nos trataban con menos valor. ¿Pero, ya vio que hubo el Año Internacional de la Mujer? Con eso ella misma ya empieza a levantarse. No es lo mismo ya.

Y a mí, me gusta vender. Con la gracia de Dios tenemos mucha clientela. Cada quien tiene su marchante, y ya me van a buscar. Eso es lo principal, que usted no se porta mal, no se trata de tratar mal a las personas. Lo mejor es tratar con cariño a todos, para que así vienen con gusto. Y la que vende más tamales —solamente yo. Las otras trabajan más poco. ¿Quién sabe cuántas habrán vendiendo tamales en San Cristóbal? ¡Fíjese usted que muchas lo hacen! Pero muchas ya sienten que es pesado, y lo dejan. Y no lo hacen. Cansa demasiado. Tiene que pensar en las horas y horas en hacer, y las horas y horas para ir a vender. Solamente una hermana, la mayor, y yo quedamos y aprendemos a trabajar los tamales. Ella es la que vende en el puesto de enfrente de donde vendo yo. Mi hermana tiene su esposo. Y no lo trabajaba antes porque el esposo trabajaba, pero después, se enfermó el esposo, y llegó el momento en que hacía falta los centavos. Pues, tuvo que trabajar. Entonces, yo le dije que le iba a ayudar. Ella sí, no lo sabía trabajar, porque solamente yo trabajaba con mi mamá cuando estaba soltera. Entonces mi hermana también sigue trabajando el mismo oficio, pero ella ya aparte. Ella agarró su rumbo —tiene acaso seis años o siete años que vende los tamales. ¿Vio que cada quien se separó por su lado? Como decía, es un trabajo para toda la vida. Tal vez en esto vamos a terminar. Pues, mi mamá trabajaba toda la vida en eso, mucho tiempo pues, nada menos para criarnos a todos nosotros, y ahora estamos trabajando nosotros para criar a los de nosotros.

*Conversación con la señora Elena Paniagua viuda de Martínez, dueña de una tienda en el centro, 22 de marzo de 1987.* Conocimos a “doña Elenita” cuando entramos en su tienda en el barrio de La Merced, a dos cuadras de la plaza de la ciudad. “Doña Elenita” inmediatamente encontró lo que necesitábamos entre las pelotas de fútbol, colchones, juguetes, refrescos, botones y otros cientos de productos que vendía. Después y a través de varias conversaciones, nos enteramos de que era la nieta de don Flavio Antonio Paniagua, el más prolífico de los escritores del siglo XIX en San Cristóbal —varias de sus novelas y cuentos están todavía disponibles— así como también político, fundador de

periódicos y propagandista conservador. Su tienda y casa estaban localizadas en la "cuadra central" —donde tradicionalmente vivían los terratenientes y los descendientes adinerados de los fundadores de la ciudad. Ella, como la mayoría de su generación en ese grupo, se había vuelto comerciante para sostenerse.

Empecé a trabajar como niña de doce años vendiendo jabón, vendiendo dulces, vendiendo pasteles, vendiendo ponche, cargando la mesa en mi cabeza, cargando un canasto aquí y otro canasto aquí. Propiamente, yo trabajaba todo el tiempo de mi niñez, y la vida fue completamente dura y amarga para mí.

Mi mamá nunca vendió en el mercado; hacía dulces en su gran repostería. Pero no se dormía ... no se dormía. A las seis de la mañana levantaba yo la mesa. Después dormía yo otro ratito. Pero mi mamá no tenía descanso para nada para criar a todos nosotros. A las cuatro de la mañana se levantaba. Ella amasaba todos los dulces y a nosotros nos ponía a traer leña y entonces ella ponía los peroles de miel. Tenía sus vendedoras mi mamá y lo que le sobraba salíamos a vender nosotros. Pero mi mamá verdaderamente se quemó. Se quemó con un perol de miel. Entonces, dejó de trabajar su gran repostería. Y mi papá gastó mucho dinero en su curación.

Después se murió una prima hermana mía que se llamaba Lupita Marín Paniagua. Y se quedaron solas mis tías Joaquina Paniagua Montes de Oca y Angelinita. Eran sus hermanas de mi padre don Nicolás Paniagua. Entonces, mis tías me pidieron con mi papá y mi mamá que yo les viniera a acompañar, porque no tenían quién les acompañara. Iba a ser para un mes. Al mes, verdaderamente, querían que yo me volviera a vivir con mi mamacita. Pero no quiso mi mamacita que se quedaran solas sus cuñadas. Entonces, me dijo: "mi hijita, principalmente tú tienes que ver que no quieren estar en soledad; que haya quien se va a ir con ellas a la iglesia." Era presidenta de La Merced y muy católica mi tía Joaquina. Era del Santísimo y del Señor San José aquí en la catedral. Pero esas gentes, no porque sean mis tías, están en el cielo. Fueron unas personas tan finas y tan santas que creo que están en el cielo constando de todo. Entonces, lo que soy, primeramente a Dios y después a mis tías les debo. Pero eso le digo que no puedo poner en balance mi mamacita y mis tías. Yo adoré a mi mamá y adoré mis tías.

Entre mis hermanos solamente yo salí a vivir con mis tías, pero era mandado de mi papá, que antes se respetaba a la mamá y al papá. Salí de mi casa y con ellas encontré consuelo, encontré amor. Me querían mucho mis tías. Mi tía Angelinita dormía de este lado y yo en medio y aquí la otra, mi tía Joaquinita, y cuando yo me levantaba ya estaba el desayuno. Eran unas señoritas de la primera sociedad, de las gentes muy importantes con una educación esmerada. Pues nada menos les decían a ellas "Las condesitas". Eran sus hijas de don Flavio Antonio Paniagua, el gran hombre, el gran catedrático. Verdaderamente para mí fueron muy importantes. Y mi madre también era muy fina. Yo nunca dejé a mi mamá. Después de casada, todavía todos los días yo iba a ver a mi mamá. Si estaba embarazada, si no estaba embarazada, como yo estuviera, aunque sea la tarde, "Mamacita, buenas noches", y mi mamacita me decía, "hija, que Dios te bendiga y que María te acompañe y que siempre nunca te haga



*Figura 4.* Elena Paniagua viuda de Martínez, en su tienda a dos cuadras del centro.

falta ni casa, ni vestido, ni sustento, ni salud, y que te bendiga siempre.” Siempre me echaba la bendición.

Propiamente mis tías querían que yo estudiara. Me fue hasta a sacar becada en “La Enseñanza” con la señorita María Adelina Flores, que en paz descansa. Pero su servidora no quiso estudiar; le gustaba mucho el trabajo, le gustaba ganarse la paga para vestirse, porque la verdad de las cosas es, pues, que no me gustaba molestar. Mi tía Joaquinita y mi tía Angelinita me regañaban, pero con cariño. “No está bien lo que estás



haciendo. Debes de formarte, debes de estudiar. Y el día de mañana te va a servir." ¡Ay! Aquí en el oído me entraba y allá en el otro me salía, y ni atrás ni adelante. Entonces, con trabajo ganaba para vestirme, para comprar mis zapatos, y todo, ¡pero antes se ganaba cuarenta pesos de a sol a sol! —de las siete de la mañana hasta las cinco de la tarde, cuando cerraban el mercado. Yo tengo cincuenta y cinco años, y yo empecé a trabajar a los doce años.

Primero, el mercado estuvo aquí debajo del Palacio. Después, nos llevaron a San Francisco. De San Francisco nos venimos a La Merced. Entonces, ya en La Merced, saqué mi puesto. Me lo dio este bendecido señor que en el cielo se ha ido, don Adolfo López. Rifó los puestos en el mercado. Entonces, yo saqué un papelito y saqué mi puesto allí en la entrada del mercado. Y en la entrada del mercado una mi comadre me daba unas piezas de manta —pues, de todo me iba dando ella para que yo vendiera. Y después, a las seis de la tarde, tenía su libreta y apuntaba. "Mira, Elenita, aquí está tanto de esto, tanto del otro", y me daba, y yo le pagaba, y así fui formando mi puestecito.

Después, en paz descansen en el cielo este patrón don Daniel Rubio, me daba fiado mis pañuelos, playeras, camisetas y todo, y entonces yo ponía mis canastos de jabón en un lado, y canastos del otro en el otro. Vino una fábrica de Guadalajara; no sé si vive todavía ese tabasqueño, pero puso una fábrica de jabón dado, de jabón de bola, de jabón de todo, donde está la gasolinera ahora. Me empezaban a dar mi crédito de 25 cajas de jabón cada treinta días. Y yo empecé a comprar una caja, y era la cajona así de grande. La cargaba yo con un yagualote, que se decía un yagual; lo echaba en mi cabeza y al alzar la caja de jabón, ¡ay, Dios! A su esposa doña Chelita yo le caía muy bien. Y ella a mí también, porque el agrado quita camisa, ¿verdad? Ella me invitaba diciendo: "ven; vamos a desayunar en estas horas chiquitas". Pero después, les fue mal en la fábrica y verdaderamente, lo sentí cuando se fue esta señora, porque antes ni ganaba yo. Me vendía hasta arriesgado dos o tres cajas de jabón y ya ganaba bien. Antes ganaba cuarenta pesos de todo el día pero ya de cada caja ganaba ciento cincuenta pesos. ¡Era ya bueno; era bastante! Yo tuve mucha suerte, gracias a Dios.

Después puse cigarros. Fui vendiendo los puros con los indígenas. La que hizo los puros era una señora, doña Carmelita se llamaba, Carmelita Cancino. Los hacía en su casa —no era fábrica— y con sus manos. Quién sabe como curaba el cigarro pero muy sabroso dicen. Ella hacía puros y hacía cigarros cortados, y de eso todo se vendía muy barato, ¡pero volaban los cigarros!

También, vendía yo dulces y pasteles. Los dulces fueron hechos por una señorita que se llamaba doña Serafina, que ya se murió. Hacía el chimbo, las natas y galletas de pepita de calabaza y los muchachos venían a comprar los dulces para sus novias. Por ejemplo, en la Feria, el domingo de Feria, el último jueves y todas las noches que había serenata, vendíamos muchos dulces. A tres por cinco los vendíamos, y ganábamos un dulce. Nos daban un centavo de cada cinco pesos. Siempre fuimos trabajadoras de comercio.

Y así fue la vida, una cadena, pero cadena de sufrimientos duros, que solamente Dios sabe cómo lo he pasado. Hasta es penoso decir, pero yo no tuve niñez, nunca tuve una muñeca. Nunca tuve tiempo de jugar

una muñeca, ni un juguete, ni un trastecito. Cuidaba a mi hermanita, la Lolita, la Chiquita, la que se murió, y que era muy bonita. Yo la quise mucho. Ayer fue día de su santo, y fui al panteón con su adorno floral. Pero ya hicieron su capilla mis hermanos, y como tiene llave ahora, ya no le pude poner su adorno. Gracias a Dios ya le pagué su misa; con su misa basta ya. Ya le pasé a rezar sus tres Padres Nuestros y sus tres Aves Marías.

Mi esposo fue un hombre muy trabajador, muy honrado —José Martínez Suárez se llamaba. Fíjese usted que yo verdaderamente conocí a mi esposo José vendiendo jabón. Sí. Yo vendiendo jabón y él era chofer. Era mecánico. Trabajaba en la “Chiapas Moto”. Trabajaba con su overol. Era negrito mi esposo. Entonces, pues, propiamente lo conocí en el mercado. Cada vez que yo me iba, venía a mi casa. También, me iba a dejar y me ayudaba con un canasto que yo traía. Y cuando era Corpus, por ejemplo, muy bonito me mandaba un adorno floral, con la gasa de listón. Y me traía mi cajeta de chocolate. Si era Año Nuevo era mi estuche, y me llevaba mi serenata con la marimba, y muy bonitas las serenatas. Tal vez por eso ni en sueños pensé en ninguna persona más. Ni cuando se había muerto, nunca dije ni tuve pensamiento que yo volviera a casarme. Le voy a decir, le voy a ser sincera, yo le quise mucho a mi esposo. Pero ahora va a lo más importante. Primero nunca lo querían en mi casa. No querían que yo me casara con él. Mi mamá hasta no quería de al tiro que yo me casara. Decía: “¡No! ¿Cómo te vas a casar con ese muchacho? No lo conocemos, no sabemos. Ya te diste cuenta cómo te tienen tus tías, pues, tu trabajo y todo —nada te hace falta. Y si te hace falta alguna cosa, hijita, dímelo”, me dijo mi mamá. Yo pienso que a lo mejor pensaría que él era indígena porque en Zinacantán tiene su negocio mi suegra. Mi suegra fue profesora. Es ladina. Se llama Rutila —una señora preciosa que yo considero mi segunda mamá. Porque así se usaba antes cuando usted se casaba.

Mi esposo era bien preparado; le faltaba un año para ser profesor. ¡Pero negrito! Entonces, no lo quería mi mamá, pero era otra cosa para mis tías. Como mis tías me formaron, me criaron, fueron mis tías a hablar con mi mamá. También, el sacerdote fue a hablar con ella tres veces. Mis papás no querían consentir que me casara, pero sí me casé. Me casé de blanco, y después, tuve mis seis hijos, gracias a Dios.

Entonces, mis tías alquilaron una casa muy bonita aquí por La Merced y en esta casota nos casamos. La adornaron con puro velito y flores de éstas de papel que se hacen; hicieron las flores mis tías. Hicieron el desayuno de tamales, chocolate y pan en la mañana. Sopa de arroz, sopa de pan y mole y cerveza y licores en la fiesta. Sí, hubo de todo; aquí se acostumbra a mucha comida.

Era muy bueno siempre mi esposo. Era yo de repente de que me subía la carita y gritaba. Pero él nunca. Nunca sabía decir disparates. Estaba formado, estaba educado. Y era muy religioso. Iba con su cuadernito a rezar el Justo Fe a la Virgen de La Merced. Y fíjese usted qué día tan bueno murió él —un 21 de septiembre, casi, casi en el día de la Virgen Santísima de La Merced. No fue como los maridos de ahora que no saben dónde van a ser, que ya al poco se están divorciando.

Así es que nunca, nunca nos hizo falta qué comer. Al principio, yo seguía vendiendo jabón, y él trabajaba con un señor Sierra en el camión

de Caminos. Mi esposo se iba a las cuatro de la mañana y yo le preparaba su desayuno y amarraba todos los días su lonche; y de allí lavaba yo la ropa. La ponía a remojar en agua caliente cuando yo me iba, porque su ropa tenía aceite. Luego, lavaba la ropa en la noche cuando yo venía de vender. Cuando llegaba del mercado, hacía mi fuego en un anafre, porque la casa tenía una cocina vieja y me daba miedo. Entonces hacía mi fuego en un galón en un corredor. Y todos los días mis tías me mandaban mi bocado de su casa; diario, diario me mandaban de lo que comían ellas. Así es que, de veras, tuve una bendición de Dios. Y del bocado cenábamos. Si de repente no había luz, entonces, lavaba yo con ocote. Después de trabajar, cargaba mi criatura, y lavaba. Nunca supo eso mi madre. ¡Ay, las primeras veces me ampollaron las manos; se me chorreaban las manos! Mis hijos no creían eso. Pero por eso decía mi esposo: "Habrán muchas mujeres, pero como tú, nunca m'hijita." Fíjese usted que mi esposo jamás se dejó un hijo regado. Nunca, nunca, nunca dejó un hijo por un lado. No. Un día que era yo muy celosa me dijo: "algún día te vas a dar cuenta, que jamás yo te estoy faltando. No puedo decir que no hablo con mujeres —sí hablo porque soy hombre y todo— pero jamás vas a ver con tus ojos que yo tengo hijos regados en otro lado."

Y tan buena memoria que tenía mi esposo; él recordaba todo lo que tuvimos en mercancía. El me decía cuánto costaba cada cosa; él hacía las cuentas, y trabajaba tanto. Por eso le digo que jamás pudimos estar enojados. Antes me dijeron: "cuando te casas con él, tus hijos van a ser después unos voleros", pero él trabajaba como no tiene usted una idea. Después, se nació mi hijo chiquito, el José Francisco. Lo adoro porque sufrió mucho. En una batea se crió. Lo ponía en una colchoneta de esas amarillitas que costaban doce pesos cuando me casé. Aquí en el mercado lo ponía en una batea debajo de mi mostrador. En un galón ponía yo una ollita de comida y otra de mis frijoles. Hacía yo mi tazoncito de comida en un ratito que no había gente. Mi criatura estaba allí —una mamada, un biberón, una mamada, un biberón, mi pobre hijo.

Luego, tenía que abrazar a mi hijito para que no se diera cuenta la gente. Porque muchas veces lloraba. No quería estar en la batea. Lo cargaba yo un ratito para que tuviera calor. Me echaba un rebozo aquí amarrado y un chalote para que no mirara que yo estaba cargando mi criatura. Porque la verdad de las cosas es que la gente de aquí luego empieza a hablar. "Ah, mira usted quién fue aquella. Bien que se vestía, y ahora?" Propiamente, una vez cuando yo iba abrazando mi hijito, una señora dijo, "Ah, ¿vistes? ¿Qué más querías con tus tías? Si tus tías verdaderamente eran unas preciosas, ¿cómo vienes ahora abrazando la criatura? ¿Para qué te casaste?" Le dije: "Mira usted, todos nos tenemos que casar, y propiamente es la ley de la vida. ¡Bendito sea Dios!", le dije, "que yo tuve mi hijito, y no estoy pidiendo nada. Yo y mi esposo estamos trabajando honradamente, trabajando y luchando. Si a usted le caye mal, pues, allí nos vemos." Es que la gente de aquí es algo ... quién sabe que le pasará, pero pues, si me veían bien o me veían mal o me envidiaban, éramos una pareja, y si no muy ricos, tampoco pobres. Eramos felices.

Ya después, cuando se nació mi hijo se enfermaba mucho; entonces, mis tías Joaquina y Angelina me dijeron que ya no querían que yo fuera al mercado y que yo me pasara a vivir aquí; entonces me pasé. Después, tuve una niña, y mis tías le hacían sus cosas, como ellas sabían bordar,

tejer, hacer frivolidé de esos, pelucas y todo. Bordaban muy bonito, y eran, como vuelvo a repetir, gente muy preparada. Hasta marcaba con una hebra de un pelito los pañuelos. Y ya cuando se nació la Margarita, hacían los pañales de franela, de bombazí, de lino, y hacían saquitos y camisitas y todo. Ya venía yo de la tienda; le daba de mamar a mi hija, o me la mandaba mi tía con una muchacha que tenían ellas que era la criada. Ya yo no hallaba cómo agradecerles a ellas. Yo la enterré a mi tía Joaquinita y yo enterré a mi Angelinita; nunca pedí con mis parientes nunca para nada. Dijeron mis tías —como fueron señoritas así que no se casaron— dijeron que en votos de virginidad habían tenido una hija que era yo. Elena Paniagua. Así me confesaban ellas.

Alquilamos una tienda hace treinta y cinco años. Pues, mis tías ponían tres mil pesos, cuando valía el dinero, y entonces empezamos a trabajar y a trabajar y a trabajar noche y día. Nosotros no teníamos descanso. Tal vez perezoso del trabajo o de las penas, ¿quién sabe?, eso llevó a mi marido, pues se murió tan joven, y yo aquí me quedé a sufrir sola. Era su máxima ilusión que sus hijos estudiaran, y yo se lo prometí.

Ahora que quedé viuda es más dura mi vida. Fue nada más poco tiempo, unos diecisiete años, que vivió conmigo mi amparo aliado. Entonces me quedé viuda de treinta y ocho años y empecé a trabajar. Hasta perdía yo la hora. Fui a la Santa Misa aquí en la catedral bien temprano. Dejaba a una mi hijita cuidando la tienda. Y luego me venía a hacer las cosas y a ver todo. La otra hija quedó en la otra tienda; atendía el negocio y estudiaba. Una estudiaba en la mañana, otra estudiaba en la noche, y mi hijo también. Mis hijitos a veces se me enfermaban. Fue muy dura la situación de la viudez. Las tres muchachitas no las podía cuidar, y estuvieron en la casa de las madres. Los otros tres mis hijos los puse en el “José Weber”. Allí estudiaron, porque yo tenía que trabajar mucho. La única que sí la puse internada fue la licenciada, porque era muy traviesa. Y la Virgen de Mercedes me ayudó mucho. Iba yo y le pedía a Dios como dicen vulgarmente aquí “a lo indio”: “Señor, en tus manos están mis hijos. Encáminalos en un buen camino, porque Tú todo lo puedes, con la Virgen de Mercedes y la Divina Providencia.”

Entonces, así se quedó. Dios me ha mandado todo; después de ser tan pobre, me ha mandado todo lo que está en su alcance, Diosito. Pero ahora le digo que yo no soy de la “sociedad”. ¡Ni soy de la media ni soy de nada! Yo me llevo con todo el mundo, hasta con el cargador. Tenía yo mi limosnita que iba a comer conmigo. Llegaba diario a las dos de la tarde la indita viejita. “Me duele mi alma, me duele mi alma”, me decía. “Me duele mi alma, señora, pero te vengo a ver porque eres buena.” “Yo no soy buena, ni nada”, le decía yo. “Sólo que te espero. Que vengas a comer.” Porque siempre comía. Yo con mi plato le daba su comidita a mi limosnita. ¿Pero sabe usted qué hacía? Diario, diario me llevaba un guineo podrido. “¿Vas a comerlo tu guineo?” “Sí, lo voy a comer”, le decía, “ahora lo voy a comer.” Si no, me llevaba una manzana, de lo que le regalaban, pero con aquel amor que usted no hubiera visto. Entonces, durante los casi dieciocho años desde que se murió mi esposo siempre me llegaba mi compañía. Y fíjese usted que cuando vivía mi esposo, yo comía siempre con él, y después esta señora la necesitaba y por el alma de mi esposo pues, siempre compartía mi comida con ella. Yo creo que ya se murió. Tiene como un año que la espero, pero ya no llega. No sé qué

le pasó, como era indígena. Preguntaba y preguntaba a los demás, pero propiamente no la conocen. Hay muchas muchas Marías pobres. Entonces, no sé nada de la viejita. ¡Cómo es la vida! Que nadie Dios lo desampara y siempre uno tiene una compañía.

Pero le debo gracias a Dios. Fíjese que si estoy enferma, mi hijo el doctor me toma la presión o me compra mi medicina. O si no él, la otra mi hija, o la licenciada, o los otros. No tengo problemas de que digo yo, "estoy sufriendo por eso". Sigo trabajando, sí, trabajando. Si me canso, me dice mi hija: "Mamá, ¿quieres ir a acostarte?", o "¿quieres ir a rezar o a visitar a una persona? Yo me quedo, mamacita." Porque son muy buenos mis hijos; que Dios los bendiga.

Ha cambiado mucho la sociedad, pero la verdad de las cosas es que no me gusta la sociedad. No me gusta por la sencilla razón de que cuando está usted bien, que tiene usted dinero, entonces sí la quieren. Sí la aprecian. Sí la estiman. Por lo que basta con su persona, con su ropa, sus zapatillos, con sus alhajas, con su dinero y todo, pero en fondo, no. Entonces, mejor me alinee a gente humilde. A la gente que verdaderamente te quiere de corazón. Mi papá fue muy sencillo a pesar de ser un hijo de un personaje. Mi papá servía a todo el mundo. El se llevaba con la gente de sociedad, con la gente humilde, con la gente indígena; no quería una persona porque tuviera más. Dicen que fue así también mi abuelo.

Sinceramente, mira usted que ahora, hasta los indígenas ya no quieren trabajar como antes. Todo el mundo se levanta tarde y quiere trabajar por horas. ¡Ay, Dios! Nadie, nadie quiere trabajar; sólo ir a fiestas y a discotecas. Ni sabe hacer nada la gente y no quiere aprender. Mi comadre tiene muchos años que yo la crié, la formé y todo, pero ya dice, "no somos esclavos". Por eso muchos dicen: "¿Y por qué tiene lana la fulana y nosotros no tenemos?" Yo ni al cine fui. La verdad de las cosas es que ya no hay mujeres como nosotras. Somos de la vieja ola, y ahora ya es nueva ola.

Toda mujer y todo hombre debe trabajar honradamente. Es la ley de la vida. Yo, gracias a Dios, aprendí porque me empujaron mis tías. Me dijeron: "tienes que seguir trabajando. Nosotras te vamos a ayudar a cuidar a los niños, pero tú tienes que trabajar. Porque si no, no vas a seguir adelante." Y sí, era la pura verdad.